

AC AL 16

DEUTSCHES KULTURFORUM Deutsches Kulturforum, Foro de Cultura Alemana Un programa del Departamento de Alemán de la Universidad Nacional de Educación a Distancia dirigido a estudiantes de alemán de cualquier centro educativo o universidad, alemanes residentes en España y españoles interesados en conocer y profundizar en algunos aspectos culturales o políticos del área europea germano parlante. Hoy vamos a hablar del tema más importante de la cultura y de la política alemanas de los últimos 90 días, la unificación de Alemania y la Alemania unificada, aspectos históricos, políticos, sociales, culturales y económicos. Como fuente principal utilizamos el Dossier del País, publicado el 3 de octubre de 1990 con artículos de diversos autores alemanes traducidos.

Estamos en todo el territorio nacional en Radio 4 FM de Radio Nacional de España y en Galicia, País Vasco, Asturias, Cataluña y Valencia en Radio 1, Radio Nacional en FM, presentando el programa Arturo Manuel Fernández, técnico de control y sonido Jesús Cediél. La unificación de Alemania y la Alemania unificada nos ocupará esta noche. El 3 de octubre de 1990 es una fecha histórica.

Desde entonces los alemanes vuelven a vivir en un único país, nuevo país que nace con vocación democrática, europea y de paz. Se cierra un largo ciclo histórico en el que Alemania vivió dividida en dos estados de muy distintas concepciones políticas, económicas y sociales. La nueva Alemania se enfrenta ahora a una compleja situación histórica, política, constitucional, económica y social.

En este programa vamos a analizar algunos de estos factores, es decir, de los retos con los que se encuentra ahora la nueva Alemania. Para la mentalidad occidental el acontecimiento más importante de la década ha sido la unificación de Alemania y no el colapso del comunismo, aunque este último haya posibilitado la primera. Para esa mentalidad el colapso del comunismo era inevitable, pero la unificación no lo era, al no haber constituido un hecho corriente.

La unificación introduce una situación excepcional y atípica en la historia y civilización alemanas. Hasta la unión territorial de 1870 Alemania estuvo integrada por diversas entidades políticas y territoriales distintas. Había monarquías como Prusia, Baviera o Hannover, ducados, estados eclesiásticos y ciudades libres, unidos entre sí por diversos tipos de vínculos feudales.

Hoy permanecen vestigios de aquello en las proclamas de independencia de los Lander y en la estructura altamente federal del gobierno alemán. Resultado del romanticismo decimonónico, crece a lo largo del siglo XIX el movimiento nacionalista. En este tiempo Alemania forma confederaciones y uniones aduaneras, pero hasta que Bismarck realiza la unificación en 1871 no se consigue que Alemania sea separada de Austria por la guerra y quede puesta bajo la única autoridad de la monarquía prusiana.

Cierto es que desde entonces, entre otras causas como consecuencia de las dos guerras mundiales, las dimensiones de Alemania siempre han variado y nunca han sido definitivas. El Volk, el pueblo alemán, y las fronteras nunca coincidieron, puesto que ha habido pueblos eslavos dentro de Alemania y asentamientos alemanes en las regiones eslavas del Este, en el Báltico, en Rusia y también en lo que ahora es Rumanía. Las fronteras alemanas definitivas todavía han seguido produciendo discusiones.

La última fue iniciada por Helmut Kohl en el transcurso de las negociaciones con la DDR, aunque las dos Alemanias han dado luego garantías formales de respetar la frontera germano-polaca que los aliados en Potsdam en 1945 habían trazado arbitrariamente. Pero sin duda esa indeterminación, que en el pasado fue causa de dos guerras, ha inquietado a los no alemanes y también a muchos alemanes, dada la persistente preocupación de Alemania por su identidad nacional. Afortunadamente, hoy en día parece muy improbable que cuestiones fronterizas en un país altamente civilizado como es Alemania puedan constituir la virulenta fuerza del pasado en el origen de graves catástrofes bélicas.

Pero todavía el problema de una cierta indefinición territorial muestra de vez en cuando tenues aleteos. En todo caso, Christian Graf von Krokow, historiador alemán contemporáneo, ha escrito que sobre el Estado alemán desde 1871 han caído dos maldiciones contradictorias. Ser demasiado grande y poderoso para encajar en el equilibrio europeo y ser demasiado limitado para constituir una potencia mundial.

Afortunadamente, en el nuevo marco político comunitario e internacional parece razonable pensar que ambas maldiciones han desaparecido ya. La primera, porque en el marco de la Europa unida los protagonismos excesivos de una sola nación podrían parecer carentes de sentido. La segunda, porque al basarse este protagonismo en los principios de dominación y jerarquía se contradice a los de libertad e igualdad que son los que fundamentan a la civilización europea.

¿Y cómo se ha vivido el proceso hacia la unificación desde la Alemania democrática? La DDR, amputada artificialmente de la que sería la Alemania Federal al finalizar la Segunda Guerra Mundial, desde su fundación, también en 1949, hasta los años 70, cuando la Ostpolitik del canciller Brandt desemboca en el Tratado de 1972 entre las dos Alemanias, existía sólo en función de su oponente y del apoyo de Moscú. Sus ideólogos definían a la Alemania democrática como un Estado antifascista y antimilitarista, pero se seguían sintiendo parte de una Alemania única, provisionalmente separada. Esta situación empieza a cambiar cuando, tras el reconocimiento de Bonn, el gobierno de Berlín Oriental deja de ser un hermano bastardo no reconocido e ingresa en la ONU en 1974.

En esos momentos, en la DDR, Walter Ulbricht es sustituido por Erich Honecker, quien calificaba a la República Federal de país extranjero. La República Democrática Alemana se autodefinía como el Estado alemán del progreso social, el heredero de todo aquello progresivo y humanista de la historia del pueblo alemán. Fraseología marxista-leninista en la que no se

profundiza, pero que simboliza perfectamente la desesperada búsqueda de identidad del Estado comunista alemán y que, como es propio del materialismo histórico, se busca en la misma historia, lo que ocurre especialmente en la última década, cuando, por ejemplo, en 1983, el quinto centenario del nacimiento de Lutero se celebra por todo lo alto, oscureciendo incluso al centenario de la muerte de Marx.

Se rehabilita luego la figura de Clausewitz, el genio de la teoría militar prusiana, e incluso después la de Bismarck. En la década de los 80 queda muy atrás los tiempos del canciller Konrad Adenauer, que había colaborado, si bien no abiertamente, a la división de Alemania, y que incluso, según aseguran los más audaces, se había sentido muy aliviado en 1949, cuando la Alemania Occidental se desprendió del peso que significaba Berlín. En sus memorias, el también ex canciller Willy Brandt relata su relación con Adenauer, cuando el primero era alcalde de Berlín y se inició el bloqueo soviético.

Quedando demostrado que el viejo católico renano Adenauer no estuvo dispuesto a perder ni una hora de sueño por Berlín, la antigua capital prusiana. Hoy, la pelea por la capitalidad de la Alemania Unificada se ha parecido a un larguísimo combate nulo de boxeo. Bonn sigue reteniendo el título por el momento, pues Renania, donde se encuentra Bonn, y el sur en general, como ocurre con las ciudades de Colonia o Düsseldorf, no están dispuestas a dejar escapar el inmenso negocio que acarrea albergar al poder político.

Si bien, para el aspirante Berlín queda una sustanciosa posibilidad, la bolsa y la promesa de un futuro desquite. Un proyecto que gana adeptos es aquel en el que Bonn quedaría como una capital política, sede del gobierno, mientras que Berlín sería una sede puramente administrativa. Pasada la fase emocional de la unificación alemana, en cuyo contexto la vieja ciudad prusiana parecía tener todas las apuestas a su favor para consagrarse de nuevo como capital, los aspectos económicos y prácticos están en vías de imponerse.

La polémica por la capitalidad no habría existido si, desde 1949, la capital occidental hubiese sido Frankfurt, ciudad donde se coronaban los emperadores y auténtico eje del proyecto federal alemán. Pero Frankfurt, muy destruida por la guerra, no contó con el beneplácito de Adenauer, que además, al tener una casa de verano en las cercanías de Bonn, entonces pequeña ciudad universitaria, se movió a decidirse a instalar allí la capital provisional, que luego se ha hecho definitiva, y no en la vieja ciudad imperial. ¿Y cuál es el futuro? Queda por ver si en el futuro seguirán coexistiendo dos países, aunque sea sólo en el aspecto social y económico, el rico y el pobre.

El colapso total de las estructuras económicas dejadas por el Estado comunista y la reticencia inicial del gran capital financiero de Occidente a invertir al este de la Elba, auguran un futuro un tanto oscuro para esos 16 millones de alemanes que pasaron directamente del nazismo al estalinismo y que ahora deben de construir desde cero una cultura democrática occidental. ¿Cómo se enfrentará esta sociedad a la extrema competitividad a que va a ser sometida por parte de su hermano occidental? Otro fantasma conocido por el pueblo alemán, el de las culpas

que salen del armario del pasado, también amenaza a la naciente Alemania. La tendencia a la sumisión a cualquier tipo de autoridad, la creencia en la infalibilidad del Estado y de la ley, llevó a casi un millón de alemanes orientales a colaborar con la odiada Stasi, la policía política del viejo régimen comunista.

Lo que sí parece claro es que la Alemania unida seguirá siendo durante un tiempo un gigante económico y un enano político, porque hoy su opinión pública se muestra muy reacia a involucrarse en aventuras más allá de sus fronteras, antes de definirse con claridad en el orden interno, como se ha demostrado con su posición de segunda fila en la crisis del Golfo. A nivel interno hay todavía problemas no resueltos. Se ha dicho que Alemaniás sólo hay dos, refiriéndose a las que se acaban de unificar, pues el proyecto federal de los Lander fue en muchos aspectos artificial, al no responder en su mayoría a las viejas tribus originarias, y ni siquiera a los principados y reinos que convivieron durante el Imperio Germánico.

Se puede decir que hoy todavía un fantasma llamado Alemania recorre en cierta medida Europa. Es un paciente que han tratado los psicoanalistas occidentales y orientales más de 40 años, y que desde el derribo del Muro de Berlín intenta superar el trauma de su nacimiento y de su esquizofrenia histórica, para convertirse de nuevo en sujeto propio. Pero la comunidad europea-occidental todavía no ha concluido su propia terapia, y hay cierto temor por querer saber hasta qué grado de normalidad se ha curado el viejo paciente alemán, y si ha enterrado ya sus demonios históricos.

El desafío occidental actual no consiste ya sólo en superar los egoísmos nacionales, los antagonismos de clase o las diversas pretensiones religiosas de monopolizar la verdad. Hoy es imprescindible restablecer el equilibrio del hombre con la naturaleza, pues la supervivencia de la humanidad es incierta por el progreso de la técnica y la ciencia, y también satisfacer nuestros deseos y necesidades materiales y espirituales sobre el fondo de un nivel de vida occidental cuyo modelo de desarrollo no sea un artículo de exportación que pueda venderse como perspectiva deseable al segundo o tercer mundos, y que en las propias metrópolis debe ser revisado urgentemente si no queremos jugar de manera frívola con el futuro de la Madre Tierra. Las revoluciones en la Europa del Este, en 1989, se han encontrado políticamente bajo el signo de la libertad y la democracia, mientras que, económicamente, el Estado ha querido ceder al mercado libre su función directiva para lograr, lo más pronto posible, la incorporación al club privilegiado del primer mundo.

Lo que se ha perdido temporalmente de vista en este proceso es la profunda crisis estructural democrática y del capitalismo industrial avanzado, hoy quizá menos amenazado por poderosas fuerzas sociales antagónicas, pero sí por un movimiento de liberación abstracto de la propia naturaleza que no atiende a las veleidades de nuestras pseudo-necesidades. Los que siguen construyendo alegremente autopistas, envenenando ríos, talando bosques, despoblando el campo en favor de las ciudades o contaminando el aire, niegan prácticamente a la generación futura el derecho a vivir sobre la tierra. Los 300 años de progreso civilizador de la tradición europea pueden aparecer, desde una óptica universal, como una serie de intentos de suicidio

cada vez más serios, dominando cada vez más las fuerzas destructoras sobre las fuerzas afirmativas de la vida.

Cada vez es más evidente que la libertad, como la comprendemos nosotros y se ofrece a la Europa del Este en forma de mercancía masificada, implica el suicidio global y la economía de mercado libre y la democracia parlamentaria, como formas de organización económica y política de los intereses individuales, no prometen una inflexión sustancial de la espiral de la muerte. Si abusamos de la libertad para destruir los fundamentos de la vida, la muerte será la consecuencia natural en un punto límite. En Alemania en concreto, hablan cada vez más voces políticamente relevantes del peligro de una ecodictadura, que nadie desea pero que, en vista de la catástrofe, se impone casi automáticamente como último camino de la salvación.

La forma actual de hacer política, que se refleja en las luchas electorales en las que se apela a los instintos más bajos y se intenta explotar y perpetuar la estupidez, miopía, afán de seguridad, envidia, odio y codicia, es la peor premisa imaginable para resolver la crisis. En 1933 teníamos en Alemania una situación de emergencia donde el Parlamento renunció voluntariamente a su responsabilidad y dejó toda la carga al Führer. Hemos de tener fe en que nunca más tenga que ser necesario tener que llegar a una situación análoga.

Pero hemos de darnos cuenta de que nuestra civilización occidental desarrollada padece un subdesarrollo alarmante, cultural, mental, moral y humano, dominado por un creciente concepto de competencia al que sólo se opone un tímido sentimiento de solidaridad con el prójimo o con la naturaleza. Ha habido décadas de pseudo-racionalismo y materialismo barato, con una falsa seguridad y con una ciencia y una tecnología exterministas. Hoy se necesita una ética emancipatoria que acentúe el desarrollo interior de la personalidad en armonía con las leyes naturales y cósmicas y un proyecto de educación integral que forme al hombre nuevo capaz de enfrentarse al futuro.

La unificación plena de los dos estados alemanes y las elecciones en este mes de diciembre para un Parlamento único que represente a los ciudadanos de todo el territorio cambian de forma dramática los datos de la sociología electoral. Al incorporarse los 12 millones de alemanes de la Antigua República Democrática con derecho de voto. La Antigua República Democrática aporta 5 nuevos Länder, 5 nuevos territorios federados.

El paisaje de los viejos partidos alemanes de ambos lados cambia y la década de los 90 vendrá caracterizada por fusiones y excisiones entre los viejos partidos e incluso por el despertar de otros nuevos, posibilitándose seguramente que se produzca un deslizamiento progresivo hacia la consolidación de un sistema bipartidista. Desde 1949, la Alemania Occidental buscó superar el nacionalismo e integrarse en una unión política y económica europea, desapareciendo las huellas de un militarismo que había significado un Estado dentro del Estado, a fin de que todo soldado fuese simplemente un ciudadano más, aunque llevase uniforme. La Ley Fundamental de Bonn orientó la evolución hacia una democracia pluralista y hacia un Estado de Derecho, a que los partidos fuesen políticamente responsables y no sólo representantes de unos intereses

limitados y a que los valores y derechos humanos que la dictadura había pisoteado se colocasen en el centro de la vida jurídica del nuevo Estado, fijándose límites al poder estatal para que ni la dignidad humana ni la libertad del individuo volvieran a estar amenazadas.

Sin duda, la adhesión a este sistema democrático se vio facilitada por los indudables éxitos materiales, por la eficiencia del sistema económico y por el bienestar. La República Democrática se adhiere ahora a este modelo, con efectos desde el 3 de octubre de 1990. Sistema que, desde hacía tiempo, representaba secretamente la meta de muchas de las esperanzas de los alemanes orientales, que era una búsqueda de la libertad a través de la unidad.

¿Cuál es el reto ahora? Pues responder a estas exigencias y no ofrecer simplemente los desechos de un capitalismo avanzado en estado crítico. La Alemania unificada no se regirá por otros principios fundamentales que los vigentes hasta hoy en Occidente. Pero esto no se puede olvidar, pues es políticamente muy importante.

También ha destruido las esperanzas de aquellos occidentales que, aprovechando la unificación, querían transformar las mismas bases económicas y políticas de la democracia occidental tradicional. Los derechos fundamentales de carácter social no pueden quedarse en el nivel de las promesas, sino que la seguridad y la justicia sociales deben ser reales, porque, si las promesas no se cumplen, se alimenta el descontento hacia el Estado. El derecho al trabajo o a la vivienda son valores de la cultura política occidental que constituyen palabras vacías si no se pueden garantizar.

Todavía está reciente, hace un mes aproximadamente, el pasado 14 de noviembre, en que 3.000 policías procedentes de toda Alemania tuvieron que presentarse en Berlín Oriental, en el ya único Berlín derribado el muro, para desalojar a un amplio número de squatters, jóvenes de la izquierda radical que se habían alojado en 13 casas de Berlín Oriental para protestar por el problema de la falta de vivienda. La policía tuvo que utilizar gases lacrimógenos y máscaras antiguas para desalojarlos y dispersarlos. Los alemanes manifiestan cierta tendencia hacia la juridificación de la política y a la creencia de que los títulos jurídicos por sí solos crean realidades, faltando una confianza básica en la fuerza creadora de la política, aunque con frecuencia también, por comodidad de los políticos, se transforman precipitadamente los problemas políticos en cuestiones jurídicas.

Por lo general, en Alemania, el estilo de los negocios jurídicos, como compromiso, tiene prioridad sobre las opciones políticas. Hoy, el mito del nacionalismo político ha desaparecido y el concepto de patriotismo se utiliza de mala gana, o todo lo más, se acepta como un patriotismo constitucional. Lo que cuenta no es la nación, sino la calidad del Estado en materia de libertades realmente efectivas, algunas de las cuales los alemanes occidentales disfrutaban desde hace tiempo, mientras que los orientales las quieren conquistar de una vez, de modo que lo que vaya a ser el futuro dependerá única y exclusivamente de ellas.

Si estos derechos, libertades y ventajas económicas son reales, los alemanes unidos serán como los del oeste de los últimos decenios, democráticamente purificados, nacionalmente

refrenados, militarmente tímidos y económicamente fuertes. La unificación puede suponer un formidable programa de fomento del crecimiento, es decir, un nuevo milagro económico. El pasado mes de julio ya había entrado en vigor la unión monetaria y económica entre las dos Alemanias, habiendo sido crucial, pese a lo que muchos temían, que no se hubieran generado efectos inflacionarios.

Pero eso no debe empequeñecer las malas noticias. En la parte occidental, aumento del endeudamiento público o las corrientes a favor de una mayor presión fiscal para financiar la unificación, o la depresión económica que ha arrastrado a quiebras continuas en muchas empresas y a un incremento del paro en la parte oriental. No obstante, todos los expertos coinciden en señalar que las perspectivas económicas a medio plazo no son pesimistas.

Se incrementarán la inversión y la producción y la unificación vendrá a constituir un estímulo económico para el resto de Europa y otros países. Aunque antes de que se produzca el esperado despegue es necesario sanear la economía alemana oriental, corrigiendo ineficiencias y distorsiones en su estructura productiva y haciendo frente a su notable atraso tecnológico. Así, por ejemplo, una cuarta parte del equipo productivo de su industria fue instalado hace más de 20 años, siendo la edad media de más de la mitad de la maquinaria de 10 años.

Esta anticuada tecnología es causante, además, de increíbles daños ecológicos. A lo que se suma un paro encubierto de un 15% de la población activa, lo que representa 1,3 millones de personas. La producción de los dos últimos decenios en la Alemania oriental vino excesivamente orientada hacia los mercados distorsionados del Este, fruto de la política de autosuficiencia en el área del Consejo de Ayuda Mutua Económica, CAME.

Hoy, la economía oriental es el único país en el que muchas empresas orientales están condenadas al cierre. Otras tienen que emprender urgentemente su reconversión, incluida la adecuación de plantillas, a fin de poder competir en precios, calidad y diseño de los productos. Por eso, está bajando el nivel de actividad y aumentando el paro registrado, al aflorar lo que en el pasado fue paro encubierto.

Las empresas que consiguen sobrevivir se las ven y se las desean para obtener créditos con los que acometer nuevas inversiones. Los problemas de la transición obligan a cuantiosas ayudas financieras del Estado, a fin de paliar al máximo el coste del ajuste para empresas y trabajadores. Con tal fin, se ha creado el Fondo de la Unión Alemana, con un presupuesto de 115.000 millones de marcos hasta 1994.

Las transferencias públicas del Oeste al Este serán mayores que los beneficios que a corto plazo pueda suministrar el Este. Pero estos recursos sólo pueden legitimarse si no se hace peligrar ni la estabilidad monetaria ni la continuidad del crecimiento en el Oeste. Los políticos, pensando en sus objetivos electoralistas, alegando que se trata de una inversión en bien del futuro de la Alemania unificada, irán por la vía fácil que consiste en emitir deuda pública y en subir los impuestos, antes que aprovechar la ocasión, por ejemplo, para sanear la propia economía del

Oeste, como reduciendo o eliminando muchas de las subvenciones que la antigua República Federal venía concediendo a empresas y regiones en declive, con el único efecto de distorsionar la competencia para evitar crisis sociales y demorar los procesos reales de reajuste estructural.

Pero, si la política económica no comete errores graves, la economía de la Alemania unificada podrá crecer en el próximo decenio en torno al 3,5% anual en términos reales, lo que no es nada despreciable, pues puede representar, desde el punto de vista de la antigua Alemania Oriental, una duplicación del nivel de productividad al que venía creciendo. Y, desde el punto de vista de la antigua Alemania Occidental, un punto porcentual adicional al ritmo de crecimiento económico a largo plazo previsto para la próxima década para la República Federal, antes del cambio político. Para ir terminando, diremos que el futuro parece presentarse optimista, pero no por eso exento de problemas.

La unificación no significa el final de los problemas acumulados por ambos lados en los últimos años, sino que hay problemas que quedan pendientes y que es posible puedan agravarse. Hoy, los alemanes parecen esforzarse en querer encontrar un nuevo sentimiento de identidad colectiva, pudiendo surgir algunas fricciones en las relaciones de entendimiento recíproco. Así, la parte occidental hereda un problema de extranjería que no tiene la parte oriental.

Los 4,5 millones de extranjeros de la parte occidental son un grueso importante, frente a los menos de 140.000 de la parte oriental. En la parte occidental, los extranjeros son turcos, árabes, polacos, yugoslavos o griegos, mientras que en la oriental son vietnamitas, mozambiqueños, angoleños o cubanos. Berlín se está convirtiendo en una nueva metrópolis de la inmigración, a donde acuden miles de rumanos y de búlgaros, por la situación reinante en sus países, e incluso muchos judíos rusos, aterrorizados por el creciente antisemitismo del Este.

Sin embargo, la jornada del pasado 3 de octubre de 1990 ha sido una jornada aventurosa para los alemanes, que ya no puede borrarse de los anales de su historia, y cuya herencia debe ser la voluntad de vivir en libertad, democracia y en paz con todos los pueblos. Desde el 3 de octubre, la totalidad de los alemanes vuelve a vivir en un estado democrático de tipo occidental por vez primera desde hace 57 años. El establecimiento de la unidad alemana se asocia a la extinción de los derechos y responsabilidades de las cuatro potencias en relación con Berlín y Alemania en su conjunto.

La Alemania unida ve así restablecida su plena soberanía, tanto en los asuntos internos como en los externos. El Tratado Definitivo de la Unificación constituye un documento que atestigua la voluntad de paz de todos los implicados, apuntando a un futuro europeo más venturoso. En él son claves las aportaciones de los representantes de las mismas potencias extranjeras que en 1945 habían decidido el futuro de Alemania.

Por la URSS, el presidente Gorbachov. Por Estados Unidos, el presidente Bush. El presidente Mitterrand por Francia y por Gran Bretaña, la primera ministra Margaret Thatcher.

Se llega a un equilibrio de intereses gracias a la aceptación previa de un orden de paz europeo. Se da un paso importante hacia la realización efectiva del objetivo consagrado hacía 15 años en el acta final de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa de Helsinki de lograr condiciones en las que los pueblos europeos pueden vivir en una paz auténtica y duradera, libres de toda amenaza o atentado contra su seguridad. Hoy los alemanes quieren servir a la paz con su unidad nacional recuperada y quieren coadyuvar a la Unión de Europa.

El mismo Tratado de Unificación entre la República Federal y la República Democrática patentiza expresamente la voluntad de contribuir a través de la unidad alemana a la Unión de Europa y a la construcción de un orden de paz europeo. En el Tratado se reafirma la renuncia a la fabricación, posesión y control de armas nucleares, biológicas y químicas reduciéndose los efectivos de las Fuerzas Armadas de la Alemania Unificada a 370.000 hombres. El establecimiento de la unidad estatal de Alemania no debe finalmente crear nuevos problemas en Europa sino contribuir a solucionar los existentes, por lo que los alemanes buscan coadyuvar a crear la unión política de los 12 países miembros de la Comunidad Europea.

Este es el mensaje último de la Alemania Unificada a los pueblos del mundo. Los nuevos alemanes quieren enterrar definitivamente los fantasmas del pasado y vivir en libertad, democracia y paz con todos los demás pueblos. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org Con Arturo Manuel Fernández y Acceso UNED despedimos el tiempo educativo y cultural de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Mañana volveremos a partir de las ocho y media de la noche con Revista de Derecho, el informativo semanal de la UNED y con un programa sobre Brasil. Hasta entonces, gracias por habernos escuchado y buenas noches.